
Más allá del heroísmo: la historia antártica bajo las sombras de Amundsen, Scott y Shackleton

Adrian Howkins*

Un recorrido somero por la sección de Historia en la mayoría de las cadenas de librerías norteamericanas y británicas, revela una fascinación perenne con la época de la exploración antártica a inicios del siglo xx, era infundida de heroísmo. Las historias sobre los pioneros de la aventura continuaban siendo populares a casi un siglo de la épica carrera para conquistar el Polo Sur en que se enfrentaron, en el verano austral 1911-1912, el noruego Roald Amundsen y el capitán británico Robert Falcon Scott. La justa terminó con el triunfo noruego y la tragedia británica. Amundsen llegó primero al polo, el 14 de diciembre, y regresó sano y salvo a su campamento; Scott arribó al fin del mundo más de un mes después, pero murió, junto con sus cuatro acompañantes, en la travesía de retorno. Otro explorador de este periodo heroico, el anglo-irlandés Ernest Shackleton, se ha convertido en el protagonista de manuales de liderazgo que son ya *bestsellers*.¹ Estos libros alientan a los ejecutivos a ser más como “El Jefe” Shackleton, hombre que comandaba a los suyos desde el frente y jamás perdió a un colaborador, esto, a pesar de que el hielo antártico reclamó su barco. Hay otros exploradores que no son tan conocidos internacionalmente, pero que resultan venerados en sus países y juntos forman un panteón de héroes para las primeras dos décadas del siglo xx. Por mencionar a algunos: Otto Nordenskjöld (Suecia), Douglas Mawson (Australia), Jean Baptiste Charcot (Francia), Nobu Shirase (Japón), Adrien De Gerlache (Bélgica), Julian Irizar (Argentina) y Luis Pardo (Chile).

* Traducción del inglés de César Albarrán Torres.

¹ Dennis N. T. Perkins, *Leading at the Edge: Leadership Lessons from the Extraordinary Saga of Shackleton's Antarctic Expedition*. Nueva York: Amacom, 2000. Margot Morrell y Stephanie Capparell, *Shackleton's Way: Leadership Lessons from the Great Antarctic Explorer*. Nueva York: Viking, 2001.

Ha pasado casi un siglo desde que el inicio de la Primera Guerra Mundial puso fin a esta época de heroísmo. La expedición que Ernest Shackleton emprendió en el periodo de 1914-1916, llamada *Endurance*, es tradicionalmente conocida como el último vestigio de esta era y, en cierto sentido, resultaba ya anacrónica. Pero aún así, como lo reflejan las librerías, nuestra idea de la Antártida sigue llevándonos a la imagen de exploradores estoicos que se mueven con lentitud sobre el hielo, con las barbas congeladas. La época de exploraciones domina la historiografía del continente. Se han escrito muchos más libros sobre esos 21 años (1895 a 1916) que sobre el resto de la historia de la región desde su descubrimiento en 1820. Y mientras que hay más de cien biografías sobre Amundsen, Scott y Shackleton, podemos contar con los dedos de una mano las dedicadas al Almirante Byrd, una figura de la misma envergadura en las postrimerías de la exploración antártica.²

El presente ensayo no sólo busca atraer la atención a la historia de la Antártida durante el siglo que siguió a la expedición de Shackleton, sino también reflexionar sobre la influencia continua de este periodo heroico en el devenir del territorio. Cualquier intento de analizar la historia del Continente Antártico “más allá de esta época heroica” pronto revela que este periodo de dos décadas a comienzos del siglo xx sigue extendiendo su larga sombra sobre toda la historiografía de la región, pero también sobre su historia. Después de exponer un breve resumen de la etapa heroica, este texto examinará cuatro episodios de la historia antártica del siglo xx que revelan la influencia aún actual de ésta. Primero, se abordará la existencia de Richard E. Byrd, “el héroe olvidado” de la exploración antártica de Estados Unidos. Después, se tomará en cuenta la disputa de autonomía entre Inglaterra, Argentina y Chile que acaeció a mediados del siglo pasado. En tercer lugar, este ensayo reflexiona sobre el legado de la etapa heroica durante el Año Geofísico Internacional (AGI; IGY, por sus siglas en inglés), de 1957 al 58. Finalmente, se analizará el Tratado Antártico de 1959, que dicta la estructura de gobierno actual en el continente.

El AGI y el Tratado Antártico introdujeron un elemento de idealismo y cooperación internacional en la historia del continente sureño, lo que de

² La biografía más reciente de Byrd es: Lisle Abbott Rose, *Explorer: The Life of Richard E. Byrd*. Missouri: Columbia University of Missouri Press, 2008.

alguna manera va en sentido contrario al legado de la etapa heroica. Muchos de los historiadores que han estudiado este periodo más reciente, sugieren que el Tratado Antártico representó un parte aguas en la historia del territorio austral: antes de 1959, su devenir fue marcado por rivalidades imperiales, afirman, mientras que después de dicho año la cooperación internacional ha sido notable. Sin embargo, la influencia constante de la etapa heroica en la historia de la Antártica siembra una duda en la viabilidad de esta tajante división. Los héroes elegidos por un grupo de personas dicen mucho sobre la identidad de éste: la Antártida no es la excepción. El hecho de que esta época sea aún valorada, y que no se le critique, arroja luz sobre la escala de valores tras el Sistema del Tratado Antártico.

Aunque esta influencia pueda parecer benigna, este ensayo sostiene que las consecuencias de su injerencia constante son negativas. La época heroica de la exploración antártica coincidió con el clímax del expansionismo, y todas las naciones que la emprendieron entre 1895 y 1916 podrían ser calificadas, en mayor o menor medida, de “imperialistas”. La era de heroísmo fue el epítome de las actitudes expansionistas y excluyentes que prevalecieron entre los poderes imperiales en este periodo. Los británicos, en particular, empacaron hasta la Antártida sus ideas triunfalistas de superioridad cultural y racial. El acto de caminar sobre el hielo y plantar una bandera en el Polo Sur simbolizaba, en tonos dramáticos, la reclama imperialista de dominio sobre la naturaleza en su faceta más hostil: si podemos dominar al medio ambiente ahí, razonaban, podemos hacerlo en donde sea. Aunque muchas de estas actitudes imperialistas han sido cuestionadas en los cien años que siguieron al periodo de heroísmo, la influencia aún presente contribuye a mantener vivas a estas ideas en el contexto antártico.

LA ERA HEROICA

En el Sexto Congreso Geográfico Internacional, llevado a cabo en Londres en 1895, los delegados resolvieron que “la exploración de las Regiones Antárticas es el reto más grande de exploración geográfica que tenemos”.³

³ Robert Headland, *Chronological List of Antarctic Expeditions and Related Historical Events*, Studies in Polar Research. Cambridge, Nueva York: Cambridge University Press, 1989, p. 219.

Para estos geógrafos de mentalidad imperialista, la vasta blancura de los mapas representaba una afrenta a la civilización. Tales sentimientos fueron resumidos por el oceanógrafo John Murray: “Siempre he sentido algo de pena en que el hombre civilizado, viviendo en este pequeño planeta... aún no ha explorado toda esta pequeña área; es un reproche hacia la aventura, la civilización y la condición del conocimiento de la raza humana”.⁴ Desde por lo menos finales del siglo XVIII, la empresa imperialista de Europa había encontrado una justificación en sus conceptos de mejoría y de “autoridad ambiental.”⁵ El comprobar la habilidad para controlar la naturaleza facilitó y legitimó la expansión imperialista. El virtualmente desconocido continente parecía retar a aquellos que sostenían esta noción. Pero, al mismo tiempo, ofrecía una excelente oportunidad para reafirmar esta mentalidad, y en el ambiente más hostil del mundo.

Hasta finales del siglo XIX, Antártida se mantuvo, de hecho, como una *terra incognita*. Tanto filósofos como geógrafos habían especulado sobre la existencia de un continente anti-ártico que balanceara la masa territorial del Hemisferio Norte. En las postrimerías del XVIII, el capitán británico James Cook ratificó la existencia de este territorio gracias al tamaño y forma de los icebergs que encontró en los océanos del Sur. Sin embargo, subestimó el potencial de esta zona:

...Puedo decir con franqueza que ningún hombre se aventurará más allá de lo que lo he hecho, y que las tierras que podrían extenderse hacia el Sur jamás serán exploradas. Tupidas nieblas, tormentas de nieve, un frío intenso y todo lo que puede hacer que peligre la navegación. Todas estas dificultades se intensifican por el horrible e inexpresable aspecto del lugar, un paraje maldito por la Naturaleza y que nunca sentirá el calor de los rayos del sol: permanecerá eternamente cubierto por la nieve y el hielo.⁶

⁴ Citado en Klaus Dodds, *Geopolitics in Antarctica: Views from the Southern Oceanic Rim*, Polar Research Series. Nueva York: Chichester, publicado en conjunto con Scott Polar Research Institute, University of Cambridge, por J. Wiley, 1997, p. 30.

⁵ Ver, por ejemplo, Richard Harry Drayton, *Nature's Government: Science, Imperial Britain, and the 'Improvement' of the World*. Nueva Haven: Yale University Press, 2000.

⁶ Citado en Stephen Martin, *A History of Antarctica*. Sydney: State Library of New South Wales Press, 1996, p. 52.

Fue hasta inicios del siglo XIX que los exploradores vieron el continente por primera vez. El crédito por su descubrimiento en el año 1820 se disputa entre un mercader británico, un explorador y científico ruso, y un cazador de focas estadounidense. Debido a la naturaleza de la evidencia y del propio ambiente antártico –donde el hielo hace las veces de tierra y donde las condiciones climáticas reducen la visibilidad–, es muy posible que el asunto jamás se resuelva de manera contundente. Poco después del hallazgo del continente, varias expediciones se embarcaron rumbo bajas latitudes en la denominada “Cruzada Magnética” para localizar el Polo Sur, una fuente de magnetismo, pero estos grupos se enfocaron en el mar y no en la tierra, y hasta finales de siglo el continente se vislumbró como un enorme espacio en blanco en el mapamundi.

La etapa heroica de la exploración comenzó cuando los delegados del Congreso Geográfico de 1895 se decidieron a hacer todo lo que estuviera en su poder para que la humanidad se sobrepusiera a la falta de datos sobre la región. La expedición Bélgica, de Adriene de Gerlache, fue la primera en pasar el invierno en el continente, en 1898. Un año después, el sueco Otto Von Nordenskold perdió su nave en el hielo de la punta de la Península Antártica, y requirió de una dramática misión de rescate comandada por el argentino Julio Irizar. La presencia del científico argentino Alfredo Sobral aseguró una amplia publicidad en Argentina para la misión.⁷ Otros países siguieron esta iniciativa. Gran Bretaña, Alemania y Francia lanzaron expediciones al continente: cada uno buscaba sus primeras conquistas ante la naturaleza antártica. Todas estas naciones, además, compartían un involucramiento en la justa imperialista en otros rincones del mundo. El belga De Gerlache, por ejemplo, pasó el invierno en la Antártida al mismo tiempo que su rey, Leopoldo, implementaba políticas esclavistas en el Congo. Esta visión imperialista moldeó la visión del continente austral durante el periodo heroico.⁸

La conquista del Polo Sur pronto se convirtió en el punto focal de toda ambición. Los británicos, en particular, se obsesionaron con ser el primer

⁷ José M. Sobral y Jorge Rabassa, *Dos años entre los hielos, 1901-1903*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires, 2003.

⁸ Ver, por ejemplo: Adam Hochschild, *King Leopold's Ghost: A Story of Greed, Terror, and Heroism in Colonial Africa*. Boston: Houghton Mifflin, 1998.

país en llegar al fondo del mundo.⁹ Fue una época en que rivales imperiales como Alemania y Estados Unidos comenzaron a alcanzar e incluso a sobrepasar al Imperio Británico. Las ambiciones antárticas de la corona revelaban una creciente inseguridad y la necesidad de un escape. La Expedición Nacional Británica de la Antártida, que corrió de 1901 a 1904, liderada por el Capitán Scott a bordo del *Discovery*, fue el primer intento sistemático de llegar al Polo Sur. En esta expedición, un grupo de tres personas en trineo, formado por Scott, Edward Wilson y Ernest Shackleton, se acercó a ocho grados de su objetivo antes de regresar. Shackleton apenas sobrevivió el viaje: cayó enfermo de escorbuto y tuvo que ser llevado a cuestas a la base en el Mar de Ross. Pero a pesar de esta mala experiencia, se mantuvo firme en su objetivo de llegar al Polo Sur: esto dio pie a una intensa rivalidad entre él y Scott. Entre 1907 y 1909, Shackleton comandó su expedición a la Antártida a bordo del *Nimrod*; su intención, claro, era llegar al Polo Sur. Shackleton y sus acompañantes impusieron un nuevo récord de “lo más al Sur que se ha llegado”, pero se vieron forzados a regresar antes de tocar el polo: en esta ocasión, se quedaron a únicamente 180 kilómetros. Para fines de 1910, mientras Scott se embarcaba en otra expedición a bordo del *Terra Nova*, el Imperio Británico fomentaba la creencia de que tenía un derecho casi divino de ser el primero en llegar al Polo Sur. El capitán Scott y el pueblo británico se mostraron sorprendidos, entonces, al descubrir que tenían competencia extranjera. Al enterarse de que su contraparte estadounidense había alcanzado el Polo Norte (una afirmación que luego sería debatida), el explorador noruego Roald Amundsen, a bordo del *Fram*, enfocó su mira hacia el extremo sur. Este cambio repentino fue visto como “de pobre espíritu deportivo” por numerosos comentaristas británicos, y el mismo Scott se mostró poco entusiasmado con la noción de tener competencia. La preparación de los noruegos para las travesías polares resultaba ideal: Amundsen se había curtido cuando vivió con los indígenas del Círculo Ártico. Y, aún más importante, venía armado con equipos de perros husky y trineos, una ventaja bastante favorable frente a Scott, quien dependía de caballos.

⁹ Francis Spufford, *I May Be Some Time: Ice and the English Imagination*. Londres, Boston: Faber and Faber, 1996.

La “carrera” por el Polo Sur, que tomó lugar de finales de 1911 a inicios de 1912, resultó muy poco equitativa. Amundsen se arriesgó, embarcándose desde el lado inexplorado del Mar de Ross, al Este. Utilizando a los huskys a su máxima capacidad de transporte –llegó al extremo de matarlos y alimentarse de ellos cuando no cumplían los requerimientos–, Amundsen y su grupo llegaron al Polo Sur el 14 de diciembre. Izaron la bandera noruega en honor al rey Haakon VI, le dejaron un mensaje de consolación a Scott, y regresaron a su campamento base tan pronto les fue posible. Las buenas nuevas del éxito de Amundsen fueron una fuente de inspiración para la recién formada nación noruega (se independizaron de los suecos en 1905), y crearon un fuerte vínculo emocional entre los noruegos y la Antártida. Transcurridos los años, se gestó un ligero resentimiento por el hecho de que el triunfo de Amundsen fue opacado por la tragedia acaecida sobre su rival.¹⁰

Contrario a los noruegos, los británicos llevaron caballos en su travesía en pos del Polo Sur: ninguno de los animales sobrevivió la primera fase del trayecto. Además, Scott y sus hombres tuvieron que cargar ellos mismos sus cosas a través del hielo, gastando tiempo y energía valiosos. El grupo de Scott, que de por sí había iniciado el viaje después que los noruegos, pronto se vio rezagado. Eventualmente llegaron al Polo Sur, el 17 de enero de 1912, más de un mes después que Amundsen. Cuando vio la bandera noruega y se percató de que había sido derrotado, Scott escribió lo siguiente en el diario que dejaría a la posteridad: “Sí, llegamos al polo, pero bajo circunstancias muy diferentes a las esperadas”.¹¹ En el camino de regreso, los miembros del equipo de Scott sucumbieron, uno a uno, ante la fatiga, la enfermedad y el hambre. Uno de ellos, Titus Oates, sacrificó su vida en un esfuerzo fútil por salvar a sus compañeros. Sus supuestas últimas palabras antes de abandonar la tienda de Scott –“Voy a salir, quizá tarde un poco”– son famosas en el mundo de habla inglesa. Cuando los pormenores de la tragedia fueron dados a conocer al mundo, casi un año después, la prensa inglesa celebró el heroísmo de sus compatriotas. “Desde aquellas tierras congeladas del Sur –proclamaba un diario–, llega, como un llamado de trompeta, un mensaje:

¹⁰ Roland Huntford, *Scott and Amundsen*. Nueva York: Atheneum, 1984.

¹¹ Robert Falcon Scott y Max Jones, *Journals : Captain Scott's Last Expedition*. Oxford, Nueva York: Oxford University Press, 2005.

persiste la grandeza de Inglaterra”.¹² Scott pudo haber fallado en su meta de convertirse en el primer hombre en pisar el Polo Sur, debatían los comentaristas, pero se comportó como todo un caballero inglés.

Tras el triunfo de Amundsen y la tragedia de Scott, Ernest Shackleton volvió a embarcarse rumbo a Antártida. No dispuesto a aceptar la derrota, Shackleton se propuso caminar por el continente entero y así imponerse sobre los noruegos, quienes habían ido y regresado en trineos. La expedición conocida como *Endurance* comenzó en 1914, justo cuando el incendio de la Primera Guerra Mundial se esparcía por Europa. Shackleton ofreció cancelar la expedición por estos motivos, pero el Ministerio de Marina Británico le ordenó continuar, con la esperanza de que esta aventura levantara los ánimos de la población. Para el infortunio de los británicos, sin embargo, la ambiciosa empresa transantártica jamás comenzó: el *Endurance* quedó atrapado en el hielo del Mar de Weddell. En lugar de una caminata triunfal a lo largo y ancho del continente, Shackleton y sus hombres libraron una dura batalla por sobrevivir.

Tras abandonar el navío damnificado, arrastraron sus provisiones a la punta de la Península Antártica, desde donde “El Jefe” y una tripulación pequeña partieron a bordo de un bote salvavidas para buscar ayuda. El viaje a través del Pasaje Drake —quizá las aguas más tempestuosas del mundo— significaba un reto enorme de navegación y marinería: Shackleton pudo llegar a la Isla de Georgia del Sur. Tras cruzar este escollo de superficie montañosa, Shackleton pidió ayuda a las estaciones balleneras, desde las que emprendió la búsqueda frenética de su embarcación. A pesar de que la temporada ya estaba avanzada, el gobierno chileno ofreció enviar un barco, el *Yelcho*, bajo el mando de Luis Pardo. En sí, la misión de rescate fue un reto titánico y se recuperó a todos los miembros del *Endurance*. Para entonces, las aventuras de Shackleton ya se encontraban ensombrecidas por los horrores de la Primera Guerra Mundial: varios de los miembros de su equipo sobrevivieron las penurias de la Antártica, pero murieron en las trincheras de Francia. Con el tiempo, sin embargo, la reputación de Shackleton en Gran Bretaña sobrepasaría a la de Scott.¹³

¹² Peter Beck, *The International Politics of Antarctica*. Londres: Croom Helm, 1986, p. 26.

¹³ Stephanie L. Barczewski, *Antarctic Destinies: Scott, Shackleton and the Changing Face of Heroism*. Londres, Nueva York: Hambledon Continuum, 2007.

Algunos historiadores sugieren que los fracasos de Gran Bretaña durante la etapa heroica, en particular la desdicha del Scott, simbolizaban las crecientes derrotas y el colapso inminente del imperio.¹⁴ Según esta línea argumentativa, los británicos eran amateurs que no tenían idea de lo que hacían. De hecho, el interés imperial en el continente fue sólo el comienzo, y la noción de conquistar la naturaleza antártica resonaría hasta nuestros días. Scott, Shackleton y otros exploradores de la época heroica crearon una conexión emocional entre Gran Bretaña y la Antártida, que ayudaría a sostener una política de reclamos territoriales. Este periodo creó ligas emotivas similares en los demás países involucrados en este periodo pionero: no es casualidad que los siete países que harían reclamos territoriales en la Antártida estuvieran involucrados, de alguna u otra manera, en las empresas de exploración.

EL HÉROE OLVIDADO: RICHARD E. BYRD

Estados Unidos estuvo, sorprendentemente, ausente en estos tiempos. La expansión de la república hacia el Oeste durante el siglo XIX hizo resonar ideas similares respecto a la “autoridad ambiental” y la conquista de la naturaleza a aquellas empleadas en la Antártida durante la época heroica. Sin embargo, a pesar del involucramiento esporádico de Estados Unidos en el continente del Sur, luego de su descubrimiento, la nación norteamericana mostró poco interés en la exploración después de 1895. Esta ausencia puede explicarse por su política general de aislamiento internacional, el propio reto de su frontera occidental y sus escarceos tempranos con el expansionismo imperial. Pero a medida que los límites del Oeste se tornaron más y más cerrados en las primeras décadas del siglo XX, y mientras la Unión Americana comenzó a involucrarse con el resto del mundo, este país comenzó a jugar un papel fundamental en la historia de la Antártida. Y mientras lo hacía, se inspiraba, frontalmente, en el legado de la etapa heroica.

¹⁴ Philip W. Quigg, *A Pole Apart: The Emerging Issue of Antarctica* (McGraw-Hill, 1983). Stephen J. Pyne, *The Ice*. Londres: Weidenfeld & Nicolson, 2003.

De finales de la década de 1920 a inicios de la de 1950, el líder de la exploración ártica fue Richard E. Byrd, de la Marina de Estados Unidos. Byrd provenía de una familia potentada de políticos de Virginia, y escogió a la Marina como camino profesional. Después de que se rompió la pierna en la Academia Naval de Annapolis, buscó progresar en el escalafón de los rangos oficiales a través de la aviación naval. Además del obvio atractivo profesional, Byrd también se sentía atraído por la emoción de volar y las consiguientes ideas de dominio sobre la naturaleza. Los años veinte fueron el epítome de los vuelos precursores: los pilotos se retaban a sí mismos, buscando, insolentemente, que cada despegue fuera una “primera vez”. Armado de poderosas conexiones políticas, y algo de apoyo de la Marina, Byrd entró en la competencia. En 1926, presumió ser el único hombre en haber volado sobre el Polo Norte, aunque algunos historiadores han puesto dicha afirmación en tela de juicio. Un año después, lo hizo exitosamente sobre el Océano Atlántico: por poco y es el primero. Habiendo logrado dos de los objetivos más prestigiosos en el Hemisferio Norte, Byrd enfocó su mira hacia el Sur con el afán de ganar la carrera aérea del polo.

En su momento, Richard E. Byrd fue famoso por sus aventuras en la Antártida. Los mandamases de los medios de comunicación hicieron su mejor esfuerzo por ensalzar la rivalidad entre Byrd, Lincoln Ellsworth y Herbert Wilkins, el trío de pilotos destacados en el periodo entreguerras. Pero en términos de su subsecuente reputación como explorador antártico, la mala fortuna haría que Byrd resultara prominente ya pasada la etapa heroica. En 1930, Byrd ganó la carrera: se convirtió en el primer hombre en volar sobre el Polo Sur. Pero este logro lo único que hizo fue inaugurar una moda de ser “el primero”: sólo se añadía una capa de novedad a algo que ya se había hecho antes. En un mundo obsesionado con “primeras veces”, Byrd jamás pudo ser el primero en llegar al fondo del mundo. La etapa heroica había producido su propio sentimiento de emoción que, ya transcurrida, jamás pudo replicarse, aún con una figura de la envergadura de Byrd. En la historiografía de la región, Byrd es un héroe olvidado.

Aún así, en la sombra, Byrd continuó jugando bajo las reglas impuestas por las dos primeras décadas del siglo xx. A su manera, perpetró las actitudes imperialistas de dominio sobre esta naturaleza helada. Como muchos de los héroes de la etapa anterior, se obsesionó con el continente y, siguiendo

las huellas de personajes como Mawson y Shackleton, tuvo su propia historia de cruda supervivencia. En el invierno de 1934, pasó cinco meses “solo”, en una estación de avanzada en la planicie polar, a 198 kilómetros de distancia de la estación principal, Little America. Cuando su sistema de calefacción se descompuso, se enfrentó a la posibilidad latente de morir de envenenamiento de monóxido de carbono. Como sucedió con Scott y Shackleton, puede decirse que él mismo provocó esta crisis. Pero, contrario al predicamento de los dos héroes anteriores, la historia de supervivencia de Byrd fue más bien pasiva, cerebral, y estuvo exenta de elementos heroicos como hombres cargando botes salvavidas, la navegación de mares inexplorados y escalar montañas. Bajo la influencia del envenenamiento, sólo se sentó, soñó y esperó a ser rescatado.

Los delirios oníricos y alucinaciones de Byrd se alejaron tan solo un poco del modelo de la era heroica. Estas visiones fantásticas son relatadas de manera hermosa, y sin duda son adornadas, en su libro *Alone*. Bajo la influencia del monóxido de carbono, Byrd percibió a la Antártida como una unidad que comprendía a toda la creación: “Era un sentimiento que trascendía a la razón; que iba directo al corazón de la desesperanza humana y encontraba que no tenía piso. El universo era un cosmos, no un caos; el ser humano comprendía, con todo derecho, una parte de ese cosmos, así como el día y la noche”.¹⁵ Byrd vio en la Antártica la posibilidad de un nuevo comienzo para la humanidad, exento de la carga del materialismo y de la llamada “civilización”. Al menos por un instante, la actitud de Byrd le daba más importancia a estar ahí que a viajar a otro lado. Pero estos pensamientos también contenían la idea de establecer colonias en el paraje congelado, y así regresaba a ideas de conquista y posesión. De todas maneras, su idealismo jamás estaría del todo perdido.

Byrd sobrevivió a las penurias en la base de avanzada y regresó a Estados Unidos para desarrollar los planes de más expediciones a la Antártida. Pronto se convirtió en el promotor más insistente de todos los tiempos. Sabía que las expediciones constaban dinero, y buscó apoyo financiero por donde pudo. Hoy, los mapas de la región conservan los nombres de algunos de sus patrocinadores comerciales: la Costa Walgreen, por ejemplo, fue bautizada en honor a una cadena de farmacias. Byrd no estuvo exento de una menta-

¹⁵ Richard Evelyn Byrd, *Alone*. Nueva York: G. P. Putnam's Sons, 1938, p. 85.

lidad nacionalista respecto a la región, sobre todo cuando esto le ayudaba a conseguir fondos. Para su expedición de los años 1939-1941, recibió órdenes expresas del presidente Franklin D. Roosevelt de reclamar tanto territorio para su país como le fuera posible. A su regreso, reportó, durante una audiencia ante el Congreso, haber encontrado 147 minerales diferentes, incluidos oro, hierro y petróleo.¹⁶ Sin duda, estas afirmaciones elevaron la importancia económica del Polo Sur, y se tradujeron en apoyo gubernamental para sus empresas futuras. Pero el riesgo de que la Unión Americana se involucrara en la Segunda Guerra Mundial cortó de tajo la expedición. A largo plazo, sin embargo, Byrd jugó un papel importante en mantener los valores de la etapa heroica bien fincados en el corazón de la historia de la Antártida.

RIVALIDADES IMPERIALES

Los reclamos imperiales, de naturaleza formal, sobre la región, comenzaron en 1908, cuando los británicos reaccionaron ante el auge de la caza de ballenas y proclamaron su derecho sobre la Península Antártica, al Sur de Sudamérica. De manera algo provocativa, tomando en cuenta el añejo descontento de Argentina con la ocupación británica de las Islas Malvinas, los ingleses decidieron llamar a la región Falkland Islands Dependencies. Estas dependencias serían regidas por el Gobernador de las Falkland Islands desde la capital, Stanley. La motivación principal para este reclamo fue de naturaleza económica: los británicos deseaban tasar y regular la industria ballenera.¹⁷ También entró en juego la creencia generalizada, nacida en la falta de un entendimiento real del medio ambiente, de que el continente mismo podría guardar en sus entrañas recursos minerales. Tras la Primera Guerra Mundial, la política imperial dictaba que toda la Antártida, pieza por pieza, debería de convertirse en posesión del Imperio Británico; esto, a través de reclamos de Nueva Zelandia (en 1923) y Australia

¹⁶ Oscar Pinochet de la Barra, *La Antártica Chilena*. Santiago de Chile: Editorial del Pacífico, 1948, p. 164.

¹⁷ J. N. Tønnessen y Arne Odd Johnsen, *The History of Modern Whaling*. Berkeley: University of California Press, 1982, pp. 178-82.

(en 1933). Aunque hubo reclamos de soberanía por parte de Francia (1924) y Noruega (1939) que minaron este ambicioso proyecto, en la víspera de la Segunda Guerra Mundial, el Imperio Británico se apropió de más de dos tercios del continente. A través del recurso de la “autoridad ambiental”, el imperio legitimó sus reclamos sobre el territorio. Los oficiales británicos aseguraban que sólo ellos poseían las habilidades científicas y administrativas necesarias para organizar la industria ballenera de una forma sustentable, necesaria para prevenir un derrumbe similar al que sufrió en el Polo Norte. Sir Miles Clifford, gobernador, a mediados de la década de 1940, de las Falkland Islands, explicaba así el caso:

Hasta lo que sabemos hoy día, la única riqueza real que contiene esta área sigue siendo, como en el pasado, la marina: sus ballenas y focas; éstas, como hemos anotado, podrían ser exterminadas con la cacería indiscriminada. En reconocimiento de este peligro, el Gobernador de Su Majestad ha decidido controlar estas industrias y liderar el establecimiento de la autonomía británica en el área conocida como las Falkland Islands Dependencies. *La motivación era desinteresada, conservar la cosecha de estos mares para el beneficio de la humanidad entera* (se añadió esta nota).¹⁸

Tales declaraciones, que hacían mano de la autoridad ambiental para justificar a una potencia, eran espejo de estrategias similares a lo largo y ancho del Imperio Británico.¹⁹ En los años que siguieron a la Primera Guerra Mundial, los ingleses fundaron un programa de investigación oceanográfica, con un enfoque particular en el estudio de la vida marina en los mares del Sur: se les conoció como las Expediciones Discovery.²⁰ Originalmente utilizaron el barco de la primera expedición del Capitán Scott: así, se le añadía un toque de heroísmo al argumento científico hecho por la Corona para reclamar la soberanía.

¹⁸ Miles Clifford, “Broadcast Address by His Excellency the Governor” en *Sir Miles Clifford Papers*. Oxford: Rhodes House Library, 1948.

¹⁹ Los ejemplos incluyen a: David Arnold, *The Problem of Nature: Environment, Culture and European Expansion*. Oxford, Inglaterra; Cambridge, Mass.: Blackwell, 1996. Drayton, *Nature's Government: Science, Imperial Britain, and the 'Improvement' of the World*.

²⁰ Ann Savours y Margaret Slythe, *The Voyages of the Discovery: The Illustrated History of Scott's Ship*. Londres: Chatham, 2001.

En los primeros años de la Segunda Guerra Mundial, Argentina y Chile presentaron formalmente reclamos sobre la región de la Península Antártica: el área reclamada compartía territorio con las Falkland Islands Dependencies. Es importante hacer notar que los gobiernos argentino y chileno argumentaban no estar haciendo peticiones nuevas, sino delimitando los derechos tradicionales que habían heredado de los españoles, y que se originaron en el Tratado de Tordesillas de 1494.²¹ A inicios del siglo XX, Argentina había asumido el control de la estación meteorológica en la Isla Laurie, nada lejos de la punta de la Península Antártica: además, ambas naciones sudamericanas tenían capital significativo invertido en la industria ballenera. En 1906, primero, y de nuevo en 1908, los representantes de los gobiernos argentino y chileno se habían reunido para discutir la soberanía de la Antártida sin llegar a un acuerdo significativo.

Para finales de la década de 1930, los sudamericanos compartían la creencia popular de que la región podría ser un “El Dorado congelado”; es decir, que contenía una vasta riqueza mineral. Las publicaciones chilenas y argentinas, por ejemplo, con frecuencia citaban la aseveración de Byrd de que descubrió 147 minerales diferentes en el continente.²² Pero la principal motivación era de índole nacionalista. Los reclamos sobre la soberanía antártica –en particular cuando se oponían a las pretensiones imperiales de los británicos–, echaban leña al fuego del nacionalismo tanto en Argentina como en Chile. La Antártida ofrecía un lugar relativamente seguro para estas posturas nacionalistas ya que, a diferencia de las Islas Malvinas, ocupadas por los británicos, esta región no tenía una población permanente y, por lo tanto, cualquier ofensa no se interpretaría como una amenaza directa.

Esta postura inició una disputa de tres bandas entre Argentina, Chile y Gran Bretaña que se extendería por dos décadas. En el corazón del conflicto se encontraba el factor de la autoridad ambiental: chilenos y argentinos refutaron el reclamo inglés del dominio sobre la naturaleza antártica, y argumentaron que, por el contrario, el ambiente natural apoyaba la postura sudamericana. La idea de la “continuidad geológica” era el foco central de su argumentación: las montañas de Los Andes, decían, se fundían con el mar y

²¹ Juan Carlos Puig, *La Antártida Argentina Ante El Derecho*. Buenos Aires: R. Depalma, 1960.

²² Pinochet de la Barra, *La Antártica Chilena*.

emergían en la Península Antártica como los “Antarcandes”. También se refirieron al clima, fósiles, la migración de la fauna e incluso la similitud aparente entre el hielo y nieve de la Patagonia y el de la Antártida; todo, para demostrar sus “derechos naturales” sobre la región.²³ Este reto sudamericano a la postura británica puede percibirse como una suerte de “nacionalismo ambiental”. No sólo refutaron la idea europea de que el trabajo científico del imperio en la zona les daba derechos, sino que insertaron el factor del ambiente natural –o al menos la manera en que lo percibían– en su caso.

En las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial, como un esfuerzo por responder a los reclamos argentino y chileno, la Gran Bretaña se convirtió en el primer país en establecer estaciones permanentes en la Península Antártica.²⁴ De esta manera, no sólo cumplían con el requerimiento legal de la “ocupación efectiva” –una de las maneras de demostrar soberanía en una corte internacional–, sino que se ofrecía a los científicos la oportunidad de continuar con sus estudios, fortaleciendo así los vínculos entre ciencia y política, y proporcionando una nueva manera de conquistar la naturaleza antártica. En la temporada 1946-1947, se dio una “rebatija por la Antártida”: expediciones de Argentina, Chile y Estados Unidos construyeron sus propias bases en el área en disputa. Durante los siguientes años, los reclamos conflictivos condujeron a estados de tensión, que en varias ocasiones estuvieron a punto de tornarse violentos. “Hay guerras que se han desatado por problemas menores que éste”, establecía un reporte del Departamento de Estado estadounidense fechado en 1948, en que se describía una crisis en escalada. En 1952, los marinos argentinos dispararon sobre las cabezas de científicos británicos que intentaban construir una base inglesa en Bahía Esperanza. Un año después, las marinas de Chile y Argentina se movilizaron en respuesta a la remoción de bases sudamericanas en Isla Decepción, a manos de marinos británicos. Pero la disputa jamás generó un enfrentamiento realmente violento.

El periodo activo de la disputa anglo-argentina-chilena duró de 1939 a 1959. A lo largo de estos años, el legado de la época heroica se manifestó de

²³ Enrique Cordovez Madariaga, *La Antártida Sudamericana*. Santiago, Chile: Nascimento, 1945.

²⁴ Klaus Dodds, *Pink Ice: Britain and the South Atlantic Empire*. Londres, Nueva York: I.B. Tauris, 2002, p. 14-18.

manera explícita en la lucha por la soberanía antártica. En 1947, en el punto climático del conflicto, Ealing Studios, una productora de cine con sede en Londres, lanzó la película *Scott of the Antarctic*, protagonizada por John Mills. El filme sirvió para recordarle al público británico, y al mundo en general, que el país tenía una herencia antártica y derechos sobre el Polo Austral. Las dos naciones sudamericanas también recurrieron a las historias de sus héroes para justificar sus reclamos. Los chilenos evocaron a Luis Pardo, quien lideró la misión de rescate para salvar a la tripulación de Shackleton; los argentinos hicieron lo propio con Julio Irizar y Alfredo Sobral, quienes participaron en la expedición de Nordenskjöld. Los argentinos también podían recurrir a la operación continua de la estación meteorológica en la Isla Laurie, cercana a los límites de la Península Antártica. A mediados de la década de 1950, los argentinos buscaron, asimismo, recurrir a la etapa heroica al idear el plan de caminar hasta el Polo Sur. Desafortunadamente para ellos, el derrocamiento del presidente Perón, en 1955, retrasó esta aventura hasta la década de 1960.²⁵

Desde finales de los años cuarenta, la Unión Soviética comenzó a mostrar un interés creciente en la Antártida con el viaje anual de la flota ballenera *Slava* a los océanos del Sur. La presencia soviética en la región amenazaba con llevar la Guerra Fría al Polo Austral, y añadió otra capa de complejidad a la situación política, de por sí inestable.²⁶ Estados Unidos no se podía decidir entre explotar su extensa historia de exploración antártica para hacer un reclamo territorial, o reservarse el derecho sobre el continente entero.²⁷ Ambos superpoderes se aproximaban al asunto antártico con actitudes de conquista similares a las de la etapa heroica, pero al final mantuvieron su política de reservar sus derechos sobre el territorio entero. Con la planeación de un proyecto científico de naturaleza masiva en la Antártida, conocido como el Año Geofísico Internacional, parecía que al menos ahí las tensiones de la Guerra Fría se aminorarían.

²⁵ Susana Rigoz, *Hernán Pujato: el conquistador del desierto blanco*. Buenos Aires: Editorial María Ghirlanda, 2002.

²⁶ Frank Klotz, *America on the Ice: Antarctic Policy Issues*. Washington, DC: National Defense University Press, distribuido por U.S. G.P.O., 1990, pp. 14-26.

²⁷ Jason Kendall Moore, "Bungled Publicity: Little America Big America and the Rationale for Non-Claimancy 1946-61," *Polar Record* 40, núm. 1, 2004.

EL AÑO GEOFÍSICO INTERNACIONAL, 1957-58

Aunque muy disímil en términos de escala y tecnología, el Año Geofísico Internacional (AGI) guardó muchos paralelos con el periodo heroico. Consistió en una aventura científica y de investigación coordinada, masiva y con el objetivo de hacer más profundo el conocimiento humano sobre la geofísica de la Tierra. Alrededor del mundo se dieron observaciones y experimentos, pero se dio un énfasis particular en la Antártida. Así como los geógrafos vieron a la Antártida en 1895 y se avergonzaron de lo poco que se sabía sobre el continente, a inicios de la década de 1950 los científicos lamentaban su escaso conocimiento y decidieron rellenar los huecos. Durante el AGI, los siete países con reclamos sobre el continente (Argentina, Australia, Chile, Francia, Gran Bretaña, Nueva Zelanda y Noruega) fueron acompañados en las investigaciones por otras cinco naciones: la Unión Soviética, los Estados Unidos, Bélgica, Japón y Sudáfrica. Estos doce países participaron en el AGI motivados por intereses tanto políticos como de índole científica.²⁸

De manera similar a la etapa heroica, el AGI ofreció un escenario tanto para la cooperación como para la competencia. Los dos superpoderes, en particular, intentaron superarse el uno al otro en la arena científica. Esta competencia fue más evidente lejos de Antártida, en la carrera por el espacio: la Unión Soviética lanzó el *Sputnik* en octubre de 1957, oficialmente como parte del AGI. El intento subsecuente por plantar una bandera en la superficie lunar tendría, obviamente, ecos de la era heroica. En la Antártida, durante el AGI, Estados Unidos y la Unión Soviética compitieron para construir bases en los puntos más simbólicos del continente. La base norteamericana en el Polo Sur –que, muy convenientemente se llamó Estación Amundsen-Scott–, representaba una declaración no muy sutil de que consideraban tener derechos sobre el continente entero, ya que echaba a un lado todos los reclamos de soberanía (con excepción del de Noruega, que no había definido un límite al Sur). Además, se traducía en una aseveración por parte de los norteamericanos de ser tecnológicamente superiores.

²⁸ Adrian Howkins, “Reluctant Collaborators: Argentina and Chile in Antarctica During the Igy,” *Journal of Historical Geography* 34, 2008.

No queriendo quedarse atrás, la Unión Soviética quiso triunfar sobre los estadounidenses construyendo su propia base en el Polo de Relativa Inaccesibilidad, el lugar en el continente más alejado de la costa.

Durante y después del AGI, la idea de la etapa heroica de “conquistar a la naturaleza” siguió inspirando a exploradores y políticos. La expedición transantártica del Commonwealth Británico liderada por Vivian Fuchs fue quizá la más abiertamente política –no era parte oficial del proyecto científico, pero se dio en el mismo periodo–. Fuchs fue acompañado por el neozelandés Edmund Hillary y el nepalés Tenzing Norgay, quien recientemente se había convertido en el primer hombre en escalar el Monte Everest. En la aventura por completar el ambicioso e inacabado plan de Ernest Shackleton, ser el primero en atravesar el continente entero por tierra, Fuchs y Hillary se sostenían con el legado de la etapa heroica. El hecho de que caminarían por toda la Antártida, sin salirse del territorio reclamado por la corona británica, le daba una capa de orgullo imperial a la empresa. Pero el espíritu en transición de la década de 1950 se revelaría a su llegada al Polo Sur. Cuando el capitán Scott llegó al fondo del mundo a inicios de 1912, apuntó en su diario: “Dios mío, este lugar es terrible”. Más de 40 años después, cuando llegaron Hillary y Fuchs, no fueron recibidos por una desolación helada, sino por los rostros sonrientes de unos norteamericanos, quienes habían transportado, vía aérea, materiales, provisiones y personal para construir la Base del Polo Sur, como su principal contribución al AGI. Este encuentro en el fin del mundo fue señal de que los tiempos, y las relaciones de poder, sufrían una transformación en la Antártida.

Pero a pesar de las constantes rivalidades, el AGI fue testigo de niveles de cooperación internacional inusitados durante la Guerra Fría. Los científicos cooperaron en Antártida de maneras inimaginables en otro lugar. Casi toda base, por ejemplo, contribuyó con datos climáticos a la “Central del Clima”, que coordinaba las investigaciones meteorológicas y climáticas. El AGI trajo consigo una cantidad masiva de conocimiento sobre la región. Los científicos demostraron que la capa de hielo era mucho más gruesa de lo que se había imaginado: en ciertos lugares alcanzaba una profundidad de kilómetros. Los geólogos, por su parte, revelaron que, desde la trinchera de su especialidad, la Antártida estaba compuesta, en realidad, por dos con-

tinentes diferentes; los meteorólogos llenaron muchos de los huecos existentes en el entendimiento humano del clima de la zona. Es importante hacer notar, sin embargo, que a pesar de todos estos avances no se descubrieron bienes minerales de valor económico significativo.

Tanto la historia científica como política del AGI estaban conectadas de forma intrínseca. Los resultados científicos arrojaron algunas dudas sobre los primeros reclamos de Richard Byrd, y otras sobre la capacidad de la Antártica para proveer fuentes económicas rápidamente explotables. Como consecuencia, conforme Gran Bretaña, Estados Unidos y varios otros países aprendían más sobre el ambiente natural de la región, se volvían menos propensos a aseverar una soberanía exclusiva en el continente. En conjunto con la buena voluntad internacional generada por la cooperación científica que generó el trabajo científico del AGI, la creciente conciencia de que la Antártida contenía poco valor económico, por lo menos a corto y mediano plazo, ayudó a sentar las bases para la negociación del Tratado Antártico y la efectiva internacionalización de dicho continente.

EL TRATADO ANTÁRTICO

La etapa heroica de la exploración antártica a principio del siglo XX condujo directamente a un periodo de reclamos imperiales al continente austral. En evidente contraposición, el AGI de 1957-1958 condujo a la parcial internacionalización de la Antártica. Entre octubre y diciembre de 1959, tras una larga serie de negociaciones preliminares, los doce países que habían participado en la investigación del AGI en la Antártida se reunieron en Washington D. C. para negociar el Tratado Antártico. Desde su ratificación en 1961, dicho Tratado ha evolucionado y se ha convertido en uno de los acuerdos internacionales más innovadores, exitosos y duraderos. Ahora se le refiere como el Sistema del Tratado Antártico (STA, por sus siglas en inglés) y hoy continúa gobernando a la Antártida. La membresía está abierta a todos los integrantes de las Naciones Unidas, pero para que un país se una, debe conducir una investigación científica en la región. Este requerimiento suele significar que para que un país se convierta en miembro, debe tener por lo menos participación parcial en una costosa base de investigación en la Antártica. Por el momento hay 28 integrantes consultantes que

cada año se reúnen a discutir sobre la ciencia y política del continente.²⁹ Los muchos partidarios del documento aclaman sus logros en crear un “continente dedicado a la paz y a la ciencia”, y el Sistema del Tratado frecuentemente se ha tomado como modelo para gobernar de forma internacional otras partes del mundo, e incluso de espacio exterior.

El tratado ha tenido éxito en mantener la paz en la Antártica por casi 50 años. Entre otras previsiones, el Artículo IV suspendió cualquier tipo de reclamo a la soberanía en su duración; el Artículo V convirtió a este Tratado en el primero en contener una prohibición total a la experimentación con armas nucleares dentro de sus fronteras. El Tratado no sólo puso fin a la fase activa de disputas por la soberanía entre Gran Bretaña, Argentina y Chile, sino que también redujo de forma significativa las tensiones por la Antártica entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Los logros políticos del Tratado son aún más sobresalientes si consideramos que éste fue firmado y ratificado en el punto más álgido de la Guerra Fría. Veinte años más tarde, en 1982, durante el conflicto entre Gran Bretaña y Argentina por las islas Falklands/Malvinas, la lucha no se esparció a la región bajo el Sur 60, que era parte del Tratado Antártico. De hecho, durante el conflicto, los representantes de Argentina y Gran Bretaña continuaron reuniéndose para dialogar temas relacionados a la Antártida.

En términos de la ciencia, el Tratado Antártico construyó las bases para la cooperación internacional de la que aún es representante. A finales de la década de 1950, Laurence Gould, presidente del comité estadounidense del AGI, predijo: “Durante muchos, muchos años por venir... la principal exportación de la Antártica va a ser la información científica”.³⁰

Esta predicción ha probado ser absolutamente correcta. Durante los ochenta, por ejemplo, el trabajo científico en la Antártica jugó un papel fundamental al revelar el creciente hoyo en la capa de ozono del Hemisferio Sur. Este descubrimiento estimuló una reducción, a nivel internacional, de los clorofluorocarburos (CFC) que destruyen el ozono y están contenidos en refrigeradores y aerosoles. De igual manera, la información recolectada en la

²⁹ Otros 18 países tienen estatus de “acceso”; es decir, pueden acudir a las reuniones, pero no votar.

³⁰ Quigg, *A Pole Apart: The Emerging Issue of Antarctica*, p. 39.

región ha desempeñado un papel fundamental en el entendimiento humano del cambio climático. En el futuro, el cambio ambiental en la Antártica, particularmente el derretimiento del hielo, será un factor determinante de las consecuencias del calentamiento global alrededor del mundo. El trabajo científico en la zona también ha contribuido al desarrollo de campos tales como la geología, la biología, la glaciología y la astronomía. Como el reciente Año Polar Internacional 2007-2008 demostró, la cooperación internacional aún caracteriza a la investigación científica en dicho continente.

La explotación de los recursos marinos vivos alrededor de la Antártica ha sido durante mucho tiempo una de las pocas actividades económicas del continente. La no tan exitosa regulación de la caza de ballenas ha sido en gran parte responsabilidad de la Comisión Internacional para la Caza de Ballenas, no del Tratado Antártico. Pero el Sistema del Tratado Antártico ha contribuido con acuerdos para la protección de otras fuentes marinas, incluidas las focas. Durante las décadas de 1970 y 1980, los científicos y hacedores de políticas reconsideraron la potencial riqueza mineral del continente. En un intento por prevenir la creación de una tarifa no regularizada para todas las fuentes de extracción mineral, los miembros del STA trataron de negociar un régimen que gobernara la extracción de las casi desconocidas fuentes del continente antártico. Estas discusiones causaron la precipitada necesidad de naciones como la India y China por sumarse al STA, puesto que creían que ser parte del club les permitiría compartir cualquier bonanza mineral. Pero el tema era demasiado para llegar a un punto en común. Por una combinación de interés económico propio y preocupación ambiental, los australianos y franceses se negaron a ratificar el acuerdo y éste no obtuvo suficiente apoyo para salir adelante.

En vez de un régimen de minerales, los integrantes del STA negociaron un protocolo ambiental, el cual fue firmado en Madrid en 1991. La adición del Protocolo de Madrid al Sistema del Tratado Antártico ha resultado en un régimen de protección ambiental extremadamente efectivo. Según las condiciones del protocolo, la Antártida se ha convertido en la zona natural más protegida del mundo. No sólo está prohibida la extracción con fines económicos, sino también, al menos en la teoría, su inspección económica. Esto significa que sin un cambio en los términos del Protocolo, la explotación mineral en la Antártica no podrá realizarse durante muchos años por

venir. Además de esta importante prohibición a la minería, el Protocolo de Madrid contiene otras medidas preventivas en cuestión ambiental. Hoy los exploradores y científicos, por ejemplo, no tienen permitido el llevar perros a la Antártica: los humanos son la única especie permitida.

Los historiadores que han analizado la historia de la Antártida desde la época heroica, suelen presentar al Tratado Antártico de 1959 como un parte aguas en la historia del continente. De acuerdo con su narrativa, el idealismo científico del AGI reemplazó a la querrela imperialista y nacionalista de los años cuarenta y cincuenta. Esta interpretación encierra mucha verdad: varias de las previsiones del Tratado Antártico ciertamente van en contra de las actitudes imperialistas de la era heroica. Mas al enfatizar la discontinuidad del Tratado Antártico con el pasado de la Antártica, es fácil pasar por alto las continuidades antes y después de 1959. El siempre presente atractivo de la época heroica nos da una pista sobre la contradictoria naturaleza del STA, y de la sobrevivencia de las actitudes “imperialistas”. Es interesante que los iconos de la era heroica –que representaron valores bastante diferentes a aquellos públicamente reconocidos por el STA– siguen siendo los estandartes de esta supuesta nueva época en la historia antártica.

Una interpretación alternativa sugiere que el Tratado Antártico no ha propiciado una verdadera internacionalización del continente. Los miembros fundadores del Tratado –la mayoría de ellos involucrados en la época heroica– deliberada y exitosamente negociaron para lograr perpetuar su influencia política en la región. Durante esas negociaciones los diplomáticos discutieron entre ellos mismos la necesidad de excluir a los “problemáticos” del régimen.³¹ India fue el primer crítico abierto del Sistema del Tratado Antártico. En 1956, y de nuevo en 1958, los indios buscaron sin éxito levantar la “cuestión antártica” en la Asamblea General de las Naciones Unidas, y lo hicieron al argüir que la Antártida pertenecía a todo el mundo, y que no debía ser simplemente apropiada por las potencias coloniales. Durante los años de 1980, Malasia retomó el tema justo donde India lo dejó y abiertamente condenó al STA, llamándolo un “club exclusivo” para

³¹ Embajada británica en Washington a la Oficina Extranjera, 14 de enero de 1958. The National Archive (Londres), FO 371/131905.

naciones predominantemente ricas. A pesar de que las negociaciones del Protocolo de Madrid en 1991 suavizaron un poco esta crítica, la idea del Tratado Antártico como un “club privado” con sus requerimientos caros para la investigación científica utilizados como barrera para entrar, no ha desaparecido. Hoy, los cuatro países más poblados que aún continúan fuera del Sistema del Tratado Antártico son Indonesia, Bangladesh, Nigeria y México. Exceptuando a Sudáfrica, ningún otro país africano es miembro.

La siempre presente naturaleza imperial del STA ejerce una sutil influencia sobre las actitudes contemporáneas hacia el medio ambiente antártico. Como las personalidades de la era heroica, los exploradores eran sin duda complejos: Amundsen, Scout, Shackleton, y muchos de los otros veían a la naturaleza antes que nada como algo que debía ser conquistado. La era heroica y la carrera al Polo Sur encapsularon actitudes imperiales más amplias hacia la naturaleza, pues los humanos fueron vistos como una forma diferente desde y por encima del mundo natural. Estas actitudes han cambiado significativamente en los cien años transcurridos desde que Amundsen plantó la bandera de Noruega en el fin del mundo, pero el floreciente legado de la era heroica sugiere que tales actitudes antagónicas hacia la naturaleza de la Antártica no han desaparecido del todo. Podemos argumentar que esas posturas son, en parte, causa de los muchos problemas ambientales que el mundo enfrenta hoy, y no su solución.

CONCLUSIONES

La época heroica de la exploración antártica proyecta una larga sombra sobre la historia subsecuente del continente. Las imágenes de los exploradores y sus largas caminatas sobre el hielo siguen moldeando nuestra percepción de la región. Por otro lado, el legado de esta era es relativamente positivo: sus mitos e historias siguen inspirando una fascinación hacia el continente del Sur, y la imitación de las expediciones de entonces es un factor que ayuda a obtener apoyo para las intentonas contemporáneas, muchas de las cuales son valiosas por su investigación científica. Pero también el dominio de la etapa heroica en la historiografía de la Antártida suele oscurecer a los acontecimientos subsecuentes. Las expediciones de Byrd, la disputa entre Inglaterra, Chile y Argentina, el AGI y el desarrollo del

Tratado Antártico son periodos fascinantes que merecen atención. Un análisis concienzudo de la historia subsecuente del continente sugiere que las nociones excluyentes y jerárquicas de la época heroica han ayudado a delinear el siglo posterior de historia antártica.

Como todos los procesos históricos, la historia de la Antártida en el siglo xx se caracteriza por la tensión entre continuidad y cambio. El legado del periodo heroico ayuda a interpretar esta tensión. Los historiadores que se han abocado al devenir de la región “más allá de la era heroica” tienden a afirmar que el Tratado Antártico de 1959 marcó una fuerte división en la historia del continente: por un lado está la historia de rivalidad e imperialismo, por otro, una de idealismo y cooperación. Aunque este argumento es correcto, no puede explicar por completo el legado persistente del periodo heroico. La continua popularidad de esta etapa expone algunas de las contradicciones que yacen en el corazón de la política antártica hoy día. Las actitudes imperiales sobrevivieron después del Tratado de 1959: en lugar de hacer internacional al continente en una ola de idealismo científico, el Tratado enfatizó los reclamos y derechos imperiales sobre el territorio.

El título de este texto contiene un llamado implícito de ir más allá de la era heroica, tanto en términos historiográficos como de la historia en sí. Al prestar tanta atención al periodo mencionado, los historiadores no sólo ayudan a perpetuar su legado, sino que se equivocan a la hora de examinar las maneras en que se sigue moldeando la historia antártica, incluso hoy. Este fracaso ha llevado a cierta candidez en la historia antártica: los historiadores fallaron en el momento de vislumbrar la paradoja de venerar a héroes que guardaban un sistema de valores muy diferente a los hombres que, supuestamente, gobiernan hoy al continente. En términos muy amplios, avanzar, alejarse de la etapa heroica puede involucrar una extensión del Sistema del Tratado Antártico, más allá de su exclusividad actual, y dotar a todos los miembros de las Naciones Unidas un voto en la ciencia y la toma de decisiones en la región. También puede abarcar un análisis más amplio de las actitudes imperiales que siguen rigiendo la actitud humana hacia el medio ambiente del continente. Tal vez el mejor punto de partida para los historiadores sería una aceptación total del carácter imperial de la época heroica y un entendimiento de las maneras en que han influido en la historia de la Antártida más allá de su confín temporal. ❧